

comprenden las relaciones de hospitalidad que unían á César con él, según dice Suetonio<sup>1</sup> («hospitioque patris eius, sicut consuemat uti perseveravit»).

En efecto, para recibir en Verona á César y tal vez á su comitiva, era necesario desplegar un gran lujo.

Cicerón,<sup>2</sup> en la carta á Ático, escrita en Diciembre del año 709 de Roma, nos da una idea de lo que se necesitaba para poder alojar á César en unión de sus amigos.

«César tenía consigo, dice, dos mil hombres, y esto me hizo temblar por el día siguiente en que debía comer conmigo.»

«Después de la hora octava tomó un baño; en seguida oyó algo contra Mamurra; su rostro no se alteró; fué ungido y se fué á la mesa. Como antes había tomado un vomitivo, bebió y comió lleno de contento. El servicio fué opíparo y suntuoso; no sólo bien cocido y bien preparado, sino que hubo palabras buenas y chistes escogidos. Tres triclinios copiosamente servidos estaban preparados en tres salas para sus amigos . . . . ¿Qué te diré? Estuvo encantado y de buen humor.»

La posición desahogada del padre de Catulo está,

<sup>1</sup> Suetonius. Julius Cæsar, LXXIII: «y había perseverado, como lo acostumbraba, en las relaciones de hospitalidad que tenía con su padre.»

<sup>2</sup> Cicerón. Carta á Ático. Tam. XIII, 52.

á nuestro modo de ver, perfectamente establecida, con sólo recordar la hospitalidad que otorgara á César.

Los que creen que Catulo era rico, recuerdan la Oda XLIV, en la cual habla del predio bajo cuyo techo vivió durante mucho tiempo cerca de Roma, y expresa, además, con cierta jovialidad, la duda de si era Sabino ó Tiburtino. Los predios de Tibur fueron siempre célebres por las riquezas de su suelo, porque la comarca era boscosa, porque era proverbialmente salubre. Se cuenta que Salustio compró en Tibur un fundo que había pertenecido á César. Allí vivió Horacio, y probablemente en las aguas del Arno refrescó las hirvientes copas llenas de Falerno, y allí vivió Quintilio Varo y Cintia, la amada de Propercio.

Tibur era, pues, el lugar preferido por la juventud romana, era el más aristocrático, el más próximo á Roma, el que estaba más á la moda.

El que en los días de la República, antes de que se aplicaran con severidad las leyes suntuarias, tenía una casa en Tibur y vivía allí una parte del año, rodeado de amigos y de mujeres, no podía menos que ocupar una posición que sólo alcanzan los hombres ricos en el apogeo de su grandeza.

Pero, además, como lo vemos por la Oda XXXI, Catulo tenía su propiedad en Sirmio á las orillas del lago Benaco, y á ella volvió á su regreso de Bitinia, en busca de sus dioses Lares, deseoso de descansar



en el lecho por largo tiempo abandonado, para sacudir el fardo de las penas y de los sinsabores, después de haber vagado por extrañas tierras. Por eso dice á Sirmio:

Salve, o venusta Sirmio atque ero gaude  
gaudete vosque, o liquidæ lacus unda:  
ridete, quidquid est domi cachinnorum.<sup>1</sup>

Los que sostienen que la situación de Catulo estaba muy lejos de ser desahogada, recuerdan los versos 7 y 8 de la Oda XIII:

..... nam tui Catulli  
plenus sacculus est araneorum.

« . . . . porque la bolsa de tu Catulo está llena de telarañas.»

Lo cual demuestra que carecía de dinero, porque sólo podía estar llena de telarañas la bolsa de quien durante mucho tiempo no había guardado en ella una moneda.

En la Oda XXVI á Furio, Catulo dijo:

¡Oh Furio! nuestra quinta no está expuesta  
Ni á los soplos del Austro ó los del Céfiro,  
Ni á los del Bóreas cruel ó del Levante;

<sup>1</sup> Salve, ¡oh hermosa Sirmio! regocíjate de la vuelta de tu dueño; regocíjaos también lago de líquidas ondas. Reíd; que mi casa resuena con los ecos de mi risa.

Mas por sextercios quince mil doscientos  
Está desde hace tiempo hipotecada.  
¡Oh! ¡qué pestilencial y horrible viento!

El manuscrito de Oxford, sin embargo, en donde Catulo dijo: «Furi, villula nostra,» dice: «Furi, villula vostra.» Según esta lección, Catulo no alude á sus propios embarazos pecuniarios, sino á los de Furio.

Aun cuando el hecho de tener una propiedad hipotecada no es siempre una señal de pobreza, el manuscrito de Oxford ha venido en auxilio de los que sostienen que Catulo viviera en posición desahogada, porque ha hecho desaparecer una de las objeciones que el mismo Catulo presentaba, refiriéndose, cuando menos, á sus dificultades pecuniarias.

Ellis<sup>1</sup> se refiere todavía, para comprobar la mala situación pecuniaria de Catulo, á los Epigramas CX y CXI contra Aufilena, y á los Epigramas XLI, XLII y XLIII, respecto de Amiana, en los cuales critica á la primera porque recibe de él dinero y no cumple sus promesas, y á la segunda, porque le ha pedido nada menos que diez mil sextercios.

Por último, agrega Ellis, la burla que pone en los labios de Lesbia cuando dice que puede vender, si así lo quiere, á Catulo y á toda su «gens,» alude, sin duda, á su falta de recursos.

<sup>1</sup> Robinson Ellis. Obra citada, pág. LV. Prolegomena.



Nosotros no compartimos la opinión de Ellis y la de aquellos que, antes que él, creyeron en las dificultades pecuniarias de Catulo; porque las alusiones á que hemos hecho referencia son casi siempre en tono burlesco, y este tono es el que emplean para tratar de la pobreza precisamente aquellos que están muy lejos de ella.

La vida de Catulo se deslizaba feliz y contenta, ora en medio de las agitaciones de la gran ciudad, ya en el retiro dulce y tranquilo de su casa de campo de Tivoli, ya disfrutando de sus amores con Lesbia, ya gozando de la compañía de Juvencio, ya haciendo versos en competencia con Calvo, ora flajelando á César y á Mamurra, cuando un acontecimiento inesperado vino á llenar de luto su hogar, á verter la gota de acíbar en la copa de miel de su felicidad: la muerte de su hermano.

Nada puede darnos mejor idea del alma de Catulo y de la ternura de sus sentimientos, como la honda pena que de él se apoderó cuando llegó á su conocimiento la infausta noticia de la muerte del hermano amado.

La muerte del hermano de Catulo tuvo lugar, probablemente, en la Troada, donde, sin duda alguna, fué sepultado.

Catulo ha expresado su profundo dolor, con este motivo, en tres diversos poemas: en el LXVIII, en el LXV y en el CI. El último de estos poemas es un

«ay» desgarrador, exhalado junto al sepulcro de su hermano á su regreso de Bitinia.

Yo vengo, hermano mío, á tu sepulcro,  
Después de recorrer tierras y mares,  
Á hablar en vano á tus cenizas mudas  
Y á darte mis postreros homenajes,  
Ya que ¡ay! ¡miserable hermano! de mi lado  
Pudo cruel la fortuna arrebatarte.  
Fiel entretanto á los antiguos usos  
Que legarnos supieron nuestros padres,  
Regadas con mis lágrimas, acepta  
Mis piadosas ofrendas funerales;  
Y adiós, hermano mío, para siempre,  
Y que los dioses tu sepulcro guarden.

Catulo no nos dice, en ninguna de sus obras, quién fuera este hermano suyo, si estaba ó no casado y con quién había emprendido el viaje á la Troada. En el poema LXVIII, 22, se lamenta, sin embargo, de que haya muerto sin sucesión. La familia contaba, sin duda, con él para perpetuar su nombre, y tal vez, como dice Mr. Emile Thomas,<sup>1</sup> el renombre de su «gens.»

La muerte de su hermano produjo en él una impresión tan profunda, que en ese tiempo se retiró de Roma, y con sólo la compañía de muy pocos libros se

<sup>1</sup> Emile Thomas. *Commentaire Critique. Les Poésies de Catulle* par E. Rostand, tome II, pag. 698.



fué á encerrar á Verona. En su retiro, tradujo la Cabellera de Berenice de Calímaco, escribió el poema con que se la mandó á Ortalo, y el poema LXVIII, cuya parte final es la ofrenda de gratitud presentada á su amigo Alio por los servicios que le prestara durante los dulces días de sus amores con Lesbia.



#### LOS AMORES DE CATULO CON LESBIA.

### III

Los amores de Catulo con Lesbia constituyen, sin duda, el episodio más importante de su vida. Lesbia se apoderó por completo del alma del poeta, la poseyó por entero; él no tuvo amor sino para ella, vivió con ella y por ella durante los mejores años de su vida, y le consagró los más inspirados de sus poemas, aquellos que hoy constituyen el elemento característico de su genio.

Las almas jóvenes se abandonan y aman siempre así en los albores de la vida; nada puede igualar la intensidad de sus pasiones, nada medir la profundidad de sus afectos, nada superar la espontaneidad de sus impulsos.